

*Menorca, cien años de arqueología.
De los pioneros a la arqueometría (22/12/05)*

Margarita Orfila Pons

A la hora de hacer valoraciones históricas, los precedentes siempre son importantes e imprescindibles. Referirse a los últimos cien años de la arqueología en Menorca, conmemorando el C aniversario del Ateneo Científico y Literario de Mahón, requiere de esos precedentes para entender cuál era la situación de la arqueología en nuestra isla en 1905. Y aunque parezca en demasía remontarse hasta el siglo XVIII, la realidad es que para entender el fin del siglo XIX e inicios del XX se tiene que tener presente lo que representó, a nivel cultural, el llamado Siglo de las Luces, con todos los movimientos intelectuales que acabaron en la Revolución Francesa, promovida por el espíritu de la Enciclopedia, que tanto influyó y ha influido hasta nuestros días.

Esta centuria, el dieciocho, marcó un hito en la arqueología, pues en ella vivió y escribió J. J. Winckelmann, considerado como la primera persona que hizo de la arqueología una verdadera ciencia, al sistematizar la historia del arte antiguo desde lo temporal y cultural a través de los conocimientos de las fuentes literarias. Winckelmann se dio cuenta del valor que tiene el estilo a la hora de catalogar y estudiar las obras clásicas, como se puede apreciar en su libro publicado en 1755 *Gedanken uber die Nachahmung der griechischen Werke in der Malerei und Bildhauerkunst*, al que siguió en 1764 su *Geschichte der*

Kunts des Alterhums,¹ pero que sin insertar ese “estilo” dentro de los eventos históricos, no tenía sentido la descripción por la descripción, de ahí que buscara en los escritos clásicos toda referencia posible de cada una de las piezas estudiadas de época griega o romana. Fue un paso de gigante el que se dio en lo referente a los conocimientos del pasado, puesto que de un mero interés por la creación de colecciones se pasó a una verdadera Ciencia de la Antigüedad.

Por otro lado, en respuesta al movimiento ilustrado, en España, ya en el siglo XIX, una de las consecuencias fueron los inventarios de tipo histórico-geográficos, como el *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua Tarraconense, Bética y Lusitania*, editado en Madrid en 1835 o el monumental *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar* (Madrid, 1845-1859). En Menorca, dentro de ese espíritu, se tiene que destacar la tarea recopiladora de los eruditos e ilustrados hermanos Ramis y Ramis, Juan y Antonio, tanto por su aspecto de coleccionistas, como por las publicaciones de muchas referencias de la época prehistórica y clásica de la isla. Destaca el libro de Juan Ramis *Antigüedades Célticas de la Isla de Menorca*, editado en Mahón en 1818, uno de los primeros dedicados a la arqueología española, así como el de 1817, *Inscripciones romanas que existen en Menorca*, base de estudios posteriores sobre la epigrafía antigua de Menorca.

Mientras en España se consolidaron en ese siglo dos instituciones que asumirán competencias de carácter arqueológico: la Comisión de Monumentos Arquitectónicos de España y la Real Academia de la Historia, posiblemente como respuesta a la destrucción masiva del patrimonio histórico-artístico producido como consecuencia de la guerra de Independencia y agravada por la posterior desamortización eclesiástica. Entre 1837-1868 llegó a funcionar la Real Academia de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso. Este siglo XIX también estuvo caracterizado por el surgimiento de los sentimientos nacionalistas y regionalismos; ambos fomentarán la arqueología al utilizarla como base de sus argumentos políticos y como reflejo de las raíces culturales de cada una de las regiones en donde más fuerza tuvieron esos movimientos.

Por otro lado, y desde el punto de vista de creencias y de estado de la Ciencia Histórica, no se puede olvidar que se estaba aún en un momento en que la lectura de la Biblia seguía influyendo. En más de una ocasión, los datos que se

1 Consultar SHANKS, M., 1996: *Classical Archaeology of Greece. Experiences of the discipline. Experience of Archaeology*, Editorial Routledge. London/New York.

iban desgranando de la tierra tenían que encajarse con los de los relatos bíblicos, ya fuese como interpretaciones del Diluvio Universal u otros episodios. De hecho no fue hasta 1859 cuando, desde la Royal Society de Londres, se afirmó que se habían identificado unos restos humanos que ciertamente eran más antiguos que los 6.000 años que contempla la Biblia en cuanto a la existencia del hombre.

A esto se le une la teoría del evolucionismo de Darwin publicada en sus dos obras: *El origen de las especies*, de 1859, y *El origen del hombre*, de 1871, que influyeron en las investigaciones y desarrollo de la prehistoria. En ella se descubre el mecanismo que permite la evolución a partir de la selección natural, habiendo evolucionado también la humanidad a partir de sus propios antepasados: los monos actuales. La causa de esta segunda tendencia se debe a la interconexión entre las ciencias de todo tipo y la influencia de la teoría darwiniana, ya sea consciente como inconscientemente. La idea de la evolución de Darwin ofreció una explicación plausible para el origen y el desarrollo de la humanidad. Esto marcó más de lo que parece a los arqueólogos de la época al permitir establecer los fundamentos del estudio de la tipología de los objetos. Darwin influyó también en el ámbito social. Desde esos momentos se fueron desarrollando esquemas del progreso humano. Uno de los personajes que más influyó en la propagación de estas ideas fue John Lubbock (1834-1913), al aplicar la teoría de la evolución de Darwin a la arqueología prehistórica, como se aprecia en su libro *Pre-historic Times, as Illustrated by Ancient Remains, and the Manners and Customs of the Modern Savages*. Como indica Trigger,² fue el libro más influyente durante el siglo XIX en el campo de la arqueología, sirviendo de manual durante mucho tiempo.

La racionalidad y el cientifismo iban ganando terreno día a día.

Además del evolucionismo, la otra corriente básica que desde mediados del s. XIX en adelante marcó con mayor intensidad la teoría y la práctica arqueológica fue el historicismo difusionista. La base filosófica de este último puede situarse en el idealismo alemán de origen romántico —Schiller, Goethe— y su búsqueda del espíritu de los pueblos a través de su cultura —Herder—; así como en su interés por el arte como manifestación de lo espiritual, tal como lo plantea Withley.³ El evolucionismo tuvo una influencia inmediata sobre la

² TRIGGER, B.G., 1992: *Historia del pensamiento arqueológico*. Editorial Crítica, Barcelona, pp. 113-114.

³ WITHLEY, J., 1987: *Art, Art History, Archaeology and Idealism: The German Tradition*, en

prehistoria, pero no fue así en lo referente a la arqueología clásica. Según Andrén,⁴ el historicismo romántico en principio parecía opuesto al neoclasicismo ilustrado y poco favorable a los estudios clásicos en su exaltación nacionalista de una Edad Media que pasó a ocupar el papel ejemplar de la Antigüedad Clásica. Sin embargo, una Grecia idealizada por Winckelmann como encarnación de la frescura y la simplicidad espiritual, se convirtió en foco de atracción para los intelectuales románticos, coincidiendo con la creación de Grecia como estado nacional.

A fines de este siglo se dio un salto cualitativo, en lo referente al conocimiento de las Baleares en época romana, con la llegada a las islas de los especialistas alemanes encargados de redactar el volumen de *Hispania*, de un corpus dedicado a reunir todas las inscripciones del Imperio romano, labor esta promovida por la Academia de Berlín, de la que fue responsable Theodor Mommsen. El tomo II del *Corpus Inscriptionum Latinarum, Supplementum. Inscriptionum Hispaniae Latinarum* (Berlín 1892) es el que estuvo dedicado a la Península Ibérica, en la que se incorporaron las islas. El enviado a España fue Emil Hübner, quién, además de redactar el volumen mencionado, publicó una serie de artículos referidos a zonas concretas estudiadas, como ocurrió aquí con nuestras islas, tal como queda reflejado en su *Monumentos epigráficos de las Islas Baleares*, aparecido en el Boletín de la Real Academia de la Historia, 13, de 1888. La recopilación de inscripciones referidas a Menorca fue posible gracias a la colaboración de diversos isleños, como el mallorquín Gabriel Llabrés, uno de los que más referencias dio al epigrafista alemán. De gran ayuda fue también el coronel de Artillería Teodoro Ugarte, especialmente en lo referente a las inscripciones de Calascoves, tal como nos lo relata C. Veny en su obra 1965, p. 133, a la que nos referiremos más adelante.

A fines del siglo XIX, son muchos los hechos que ayudaron al mejor conocimiento de lo que habían sido las Baleares en época antigua y en su prehistoria, impulsado por los movimientos nacionalistas antes citados. Cabe recordar lo que significó la creación de la Sociedad Arqueológica Luliana en Mallorca, hoy con más de 125 años a sus espaldas. Institución que asumió durante años la función de museo arqueológico de la isla y su *Boletín*, como publicación periódica, fue una de las ventanas por donde fueron asomando los nuevos co-

HODDER, (Ed.), *Arcaheology as long-term history*, pp. 9-15.

4 ANDRÉN, A., 1998: *Between artifats and texts. Historical archaeology in global perspective*. New York-London, p. 26.

nocimientos del mundo antiguo mallorquín y de las islas vecinas. Un poco más tarde, en 1888, Francisco Fernández Sanz fundó la *Revista de Menorca*, órgano desde el cual se han dado a conocer los avances en los conocimientos científicos, literarios, históricos, etc., de la isla. Ya en el primer número se aprecia el interés que desde esa publicación tuvieron sus miembros del Consejo de Redacción hacia épocas pasadas, como la romana y prerromana, siendo Juan Seguí Rodríguez uno de los autores que más aportaron con toda una diversidad de artículos, véase por ejemplo *Fundación de Mahón*. Quiero destacar aquí una de sus frases relacionadas con la investigación arqueológica en su artículo en esa misma revista *Los Talayots, según Hübner, Fita y Fernández Duro*, pp. 305-318: “El estudio de la arqueología requiere, no alas, sino piés de plomo [sic]”.

Reparar los escritos y las referencias que cita este autor permite comprobar que en las islas se estaba al día de lo que acontecía a nivel científico fuera de nuestras fronteras, reflejado ese hecho en las referencias de sus publicaciones en las que se pueden encontrar todas las novedades que se iban produciendo en el campo de la arqueología y de los períodos más antiguos de la historia. Desde el inglés Lubbock, vecino de Darwin, con todas sus publicaciones basadas en el estudio sobre lo que él denominaba “los caracteres de la civilización más rudimentaria, utilizando la etnografía como testimonio de la rectitud de sus asertos”, hasta utilizar las obras del italiano Pigorini, preocupado por la prehistoria de Roma, y no sólo por la época clásica. Seguí Rodríguez, además, era un experto en todas las publicaciones españolas, ya fuese de Amador de los Ríos a Manuel de Góngora, Francisco Martorell y Peña, etc., y lo mismo en cuanto a bibliografía referida a las Baleares, ya fuese citar a los Ramis y Ramis como Martorell, pasando por Alberto de La Mánora en su relato del viaje de 1833-34 por las Baleares, en el que compara talayots con nuraghes, o R. L. Playfair y su *Hand book to the Mediterranean*, en donde están incluidos talayots de las Baleares.

De esos momentos de fines del siglo XIX e inicios del XX son muchos los personajes del mundo de la cultura isleña que aportaron, de una manera u otra, tiempo y esfuerzos en dar a conocer y/o preservar muchos de los elementos que han llegado hasta hoy en día. En este sentido es importante destacar la labor recopilatoria llevada a cabo por Juan Pons y Soler. Su colección, hoy en manos de sus herederos, es ejemplo del buen hacer de esos momentos, y

de cómo, sin tener de él obra escrita,⁵ no deja de ser imprescindible en lo que significa la historia de la arqueología de Menorca, pues sin sus recopilaciones quizás algunas de las piezas por él reunidas no estarían en estos momentos en la isla, o no se sabría de ellas. Otro personaje importante para las Baleares en general fue el Archiduque Luis Salvador, quien, en los tomos de *Die Balearen* dedicados a Mallorca y Menorca, hizo referencia a numerosos poblados talayóticos menorquines. Muchos de ellos plasmados en la obra de Emile Cartailhac publicada en 1892, ya con magníficas fotografías: *Monuments Primitifs des Îles Baléares*, que tanto ayudó al reconocimiento, desde fuera de las islas, de lo que significaba la cultura talayótica para la prehistoria de las dos antiguas *Baliarides*.

A fines del XIX se descubrió en la isla del Rey restos de una edificación con pavimentos musivarios de los que Hipótilo Llorente redactó una nota y realizó un dibujo de los hallazgos, publicada en la Real Academia de la Historia en 1888. Esta noticia enlaza con una de las características de las islas Baleares, la de su riqueza arqueológica en el campo del mundo paleocristiano. Desde el siglo XIX hasta la actualidad, en una superficie tan reducida como es la de este archipiélago, se han descubierto un total de cuatro basílicas en Mallorca y cuatro más en Menorca, con referencias a otras más, como la de la isla d'en Colom.

Pero relatar los últimos cien años de la arqueología en Menorca significa realmente empezar a hablar de Francisco Hernández Sanz, gran promotor en la isla de esta ciencia. Ya en 1885 publicó, en el número 29 de *La Ilustración Española y Americana*, el artículo “Apuntes arqueológicos de la isla de Menorca”. Es especialmente remarcable de este estudioso su magna obra de 1905: *Compendio de geografía e historia de la isla de Menorca*, Premio del Ateneo de Mahón en 1906, institución que se acababa de fundar en esa fecha y que recordamos aquí. De este mismo autor es importante destacar el esfuerzo por reunir toda la información referente a la isla en época clásica. Sus *Apuntes de Historiografía Menorquina*, de 1908, empiezan por Lycofron, y en su poema “Alexandra” aparecen las noticias sobre la Menorca prerromana y sus honderos, pasando por César, Estrabón, Diodoro, Tito Livio, etc.

5 De Pons y Soler solo se tiene en papel de imprenta una carta suya enviada a G. Vuillier, refiriéndose a la prehistoria de Menorca, y que fue incluida por ese autor en su libro *Les Îles Oubliées. Les Baléares. La Corse et la Sardaigne*, París, 1893. Parte de su colección fue publicada por su nieto, Guillermo de Olives Pons, en la *Revista de Menorca*, entre 1949 y 1950.

Otro personaje a tener en cuenta fue Antonio Vives Escudero, tanto por la edición de *El arte egeo en España I. Construcciones primitivas de las islas Baleares* de 1908, como por su aspecto de coleccionista.⁶ De hecho consiguió reunir gran cantidad de piezas, de entre ellas toda una serie procedentes de la colección de los hermanos Ramis, depositadas hoy mayoritariamente en el Museo de Menorca o en el Arqueológico Nacional de Madrid. Parte de la misma fue comprada en París en 1913 por los Huntington de Nueva York, para formar parte de la Hispanic Society of America de New York, entre ellas dieciséis de procedencia menorquina, como una figurita en bronce representando a un Mercurio hallado en Son Joan de Carbonell de Menorca, o la de Biniatram representando a una Divinidad Bélica, también conocidas como Martes Baleáricos.

Los inicios del siglo XX se caracterizan, en el mundo de la arqueología, por el cambio cualitativo que se le dio a esta ciencia al iniciarse intervenciones sistemáticas sobre yacimientos que aportaron documentación de primera mano. Una de las entidades promotoras de esta nueva postura frente a los restos de épocas pasadas fue, bajo la iniciativa de la Generalidad de Cataluña, el Servicio de Investigaciones Arqueológicas, dentro del Instituto de Estudios Catalanes, que intervino en las islas de Ibiza y Formentera y Mallorca bajo la batuta del arqueólogo Josep Colominas Roca, dirigidos desde Barcelona por Pere Bosch Gimpera. Sentimos que no hubiese entre sus actividades ninguna intervención sobre yacimiento menorquín. Otra de las figuras a destacar en los inicios del siglo XX, a nivel nacional, fue J. R. Mélida, que contribuyó, con sus métodos positivistas de recogida y ordenación de datos, a valorar materiales cotidianos como la cerámica y a clasificar los hallazgos arqueológicos según su pertenencia a un determinado pueblo. Mélida fue también uno de los primeros teóricos de la arqueología en España.⁷ Paralelamente trabajaba también Gómez-Moreno con orientación especial hacia el mundo ibérico y su magnífica tarea sobre su lengua, así como también dirigía sus

6 Recordemos la obra ya póstuma de A. García y Bellido como editor, en la que su hija M^a Paz García-Bellido ha participado, *Álbum de dibujos de la colección de bronce antiguos de Antonio Vives Escudero*. En Anejos del Archivo Español de Arqueología, XIII. Madrid.

7 ALMELA BOIX, M.^a A., 1991: "La aportación de José Ramón Mélida a la consolidación de la Arqueología como disciplina científica en España", en ARCE y OLMOS (Eds.), *Historiografía de la Arqueología y la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, pp. 131-134. Madrid.

inquietudes hacia el mundo clásico, especialmente en la ciudad de Granada y sus entornos.⁸

Desde el punto de vista legal, es importante destacar la promulgación de la Ley de 7 de julio de 1911, citada como de “Excavaciones Arqueológicas”, y el desarrollo de su reglamento publicado el 1 de marzo de 1912, en la que se decretó la creación de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, que fue en esos momentos la responsable directa de otorgar las subvenciones destinadas a potenciar las excavaciones.⁹ Su efecto fue muy positivo en lo concerniente a la investigación arqueológica en España, ya que esa acción legislativa lo que realmente reflejó fue el cambio de concepción y objetivo que se iba produciendo en esos tiempos en nuestro país en relación con la arqueología, considerándola ya a partir de entonces como lo que es, como una Ciencia. Fue esa ley, por tanto, un punto de partida; por primera vez se impuso una normativa para todo el Estado español, que regularizaba la actividad relacionada con las excavaciones, fijando unas normas de actuación sobre los yacimientos, y siendo preceptivo obtener el pertinente “permiso de excavaciones” otorgado por la mencionada Junta, si uno quería trabajar sobre un yacimiento. En el fondo esta legalización de las actividades arqueológicas garantizaba un control en lo referente a las tareas que sobre los restos de nuestras culturas pasadas que se llevaban a cabo en España, así como un aval de tipo científico de las mismas, pues no se concedían permisos si no estaban respaldados por personas que no tuviesen una formación y experiencia adecuada en el campo de la arqueología.

Fue en las décadas de los años 20 y 30 cuando una serie de instituciones de fuera de España desarrollaron diversas actividades arqueológicas en nues-

8 CERRILLO, E., 1987: “La Arqueología en España”, en MOBERG, *Introducción a la Arqueología*, pp. 217-232. Editorial Cátedra, Madrid, p. 218.

9 Este tema ha sido tratado por diversos autores, recordemos a nivel de las Baleares: el artículo de MERINO, J., 1999: “Les excavacions arqueològiques de Gabriel Llabrés Quintana a Pollentia”, en *I Jornades d'Estudis Locals*, Alcudia 13-14 de noviembre 1998, Alcudia, Mallorca, pp. 39-50. Y posteriormente ROSSELLÓ BORDOY, G. y MERINO, J., 2005, “El patrimoni de les Illes Balears romanes: història de les investigacions, les troballes i les col·leccions”, en A.A.V.V. *El món romà a les Illes Balears*. Obra Social “La Caixa”, pp. 145-153. Palma de Mallorca. A nivel nacional serían muchas las obras a recordar, citaremos las de DÍAZ-ANDREU, M.; MORA, G., 1995: “Arqueología y política: el desarrollo de la arqueología española en su contexto histórico”, en *Trabajos de Prehistoria*, Vol. 52-1, pp. 25-38. Madrid. Y la de DUPRÉ, X., 1997, prólogo a la edición española, en CARANDINI, *Historias en la Tierra*, p. VII-XVIII. Editorial Crítica, Barcelona.

tro país, afectando alguna de ellas directamente sobre Menorca. El aporte de investigadores extranjeros, ya fueran alemanes, ingleses o franceses, fue importante, pues incorporaron nuevos elementos a la técnica de la excavación, además de traer consigo nuevas orientaciones sobre los temas que estaban candentes en esos momentos en la arqueología europea.¹⁰ Recordemos a Pierre Paris y sus estudios sobre la cultura ibérica, Schulten y su interés por Tartessos y más tarde por Sertorio y sus campamentos, Murray en Menorca, o Zeiss y todo el grupo de investigadores interesados por las problemática de la llamada época de las invasiones de época visigoda.¹¹

En otro orden de cosas, en esos momentos la arqueología se profesionalizó, pasando de estudiarse en la Escuela Superior de Diplomática, organismo dependiente de la Real Academia de la Historia, a la Universidad como una materia más.¹² Parte de ese hecho es un reflejo de ese impulso dado por investigadores de fuera. Fue el prehistoriador alemán H. Obermaier quien ostentó la cátedra creada en la Universidad de Madrid, denominada Historia Primitiva del Hombre. Por otra, la política estatal de las primeras décadas del siglo XX, en su intento de fomentar el acercamiento a la ciencia europea, apoyó la investigación a través de pensionados que gestionaba la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada en 1907. Los becarios, aprovechando esta oportunidad, introducirán también en España las teorías pujantes en Europa.

Mientras, la arqueología en general iba avanzando en lo referente a la aplicación de una metodología en los trabajos de campo, ya mucho más concisa que la de los años precedentes, en cierta medida por la influencia que los arqueólogos tuvieron de los progresos de la geología y la aplicación del sistema estratigráfico a la hora de aportar datos secuenciales de los yacimientos. En lo

10 BLECH, M., 1999: "La aportación de la Escuela Alemana a la arqueología ibérica", en BLANQUEZ; ROLDAN, (Eds.) *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo*, pp. 33-38, Madrid.

11 CERRILLO, E., 1987: "La Arqueología en España", en MOBERG, *Introducción a la Arqueología*, pp. 217-232. Editorial Cátedra, Madrid. p. 218.

12 DÍAZ-ANDREU, M., 1997: "Nación e internacionalización. La arqueología en España en las tres primeras décadas del siglo XX", en A.A.V.V., *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*. Málaga, pp. 91-101. PASAMAR, G. y PEIRO, I., 1991: "Los orígenes de la profesionalización historiográfica española sobre Prehistoria y Antigüedad (tradiciones decimonónicas e influencias europeas)", en ARCE; OLMOS (Eds.), Madrid, pp. 73-74.

referente al concepto de arqueología, es un hecho que, como ocurre con la mayoría de las ciencias humanistas, no se libró de las transformaciones y cambios en el pensamiento. De hecho, se fue adaptando a las nuevas tendencias de los inicios del siglo XX. Ya fuese el materialismo histórico al que fue asociado en la Unión Soviética, o el ascenso del nazismo en los años treinta y su ideología vinculada a las ideas racistas y promoción de las investigaciones prehistóricas, ejemplos de lo que decimos, influyendo tanto en el concepto como en la metodología de la disciplina.

En lo referente a la arqueología clásica, es imprescindible indicar el impulso que se le dio por determinadas ideologías hasta la II Guerra Mundial. Canfora¹³ trazó una línea en la que une la crisis política alemana, tras la caída de Bismarck, con el auge del pensamiento idealista y la expansión imperialista de Alemania, con el apoyo de los estudiosos del mundo clásico que destacan la preeminencia alemana en esta ciencia. Es evidente el “uso” de la “inspiración romana” del fascismo y del nazismo, estando presente la fuerte tradición helénica de los estudiosos alemanes que se reflejará de modo evidente en la estética de ambos regímenes. En cambio, los trabajos dirigidos a la prehistoria estuvieron más influenciados, a partir de los años treinta, por la figura de V. Gordon Childe, que con su mentalidad marxista contribuyó en la comprensión de la evolución social, en la determinación del modo de producción de una sociedad, lo que implicaba de conocimiento de los medios y las fuerzas productivas con las que contaba la sociedad objeto de estudio, ya que su adecuación y proceso constituían el motor del cambio social a determinar dentro de las sociedades. Para este investigador el conocimiento de los medios de producción debía desarrollarse a partir del estudio de los datos arqueológicos y de su buen registro en el campo, lo que implicaba una adecuada metodología de campo. Por otra parte, su mayor contribución fue al concepto de cultura, basada en el reconocimiento de la cultura material (cerámicas, utensilios, etc.), los avances de la tecnología, etc., y los distintos modos de unas culturas con otras, o su repetición.

Mientras, en Menorca, en esas décadas iniciales del siglo XX, los que publican en relación con intervenciones arqueológicas en la isla o nuevos hallazgos de este tipo son más aficionados que profesionales de la arqueología, aportando datos de tipo descriptivo —lo que permite un aumento de datos a tener en

13 CANFORA, L., 1991: *Ideologías de los estudios clásicos*. Madrid.

cuenta— más que reflexiones conceptuales sobre los procesos históricos. Recordemos al notario Juan Flaquer y Fábregues, con sus trabajos sobre Cotaina o Talatí de Dalt, al farmacéutico Gabriel Martí Bella y su contribución, ya fuese mediante la serie de inventarios arqueológicos del término municipal de Ciudadela y en sus tareas en Son Catlar, al profesor de instituto Juan Hernández Mora, del que cabe destacar la serie editada entre 1922 y 1923 en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, de Madrid, con su “*Menorca prehistórica*”. Otros autores tradicionales también continuarán publicando. De hecho en la *Revista de Menorca* de 1924 se pueden leer dos interesantes artículos, uno de Hernández Sanz, “Notas sobre la vía romana de Menorca”, y otro de Martínez Santa-Olalla, “Nuevo descubrimiento Romano en Menorca”, procedente de las cercanías de Trebalúger.

Un paso importante en cuanto a la preservación del patrimonio español fue, por parte del gobierno de la República, la Declaración de Monumento Histórico Artístico por Decreto de 8 de junio de 1931. De entre los elegidos, una serie de yacimientos arqueológicos menorquines: Calascoves, Son Mercer de Baix (Sa Cova des Moro), Sant Agustí Vell (Sa Talaia), Son Catlar, Talatí de Dalt, Torellonet. Estas acciones desde el estado han ayudado a preservar el patrimonio histórico, del que Menorca es tan rico, y del que los menorquines nos podemos sentir orgullosos, dado el buen estado de conservación de muchos de los yacimientos en que está poblada la isla, y de la cantidad que se han preservado hasta la actualidad.

De 1933 es una de las primeras publicaciones específicas de una pieza menorquina, la cabeza en bronce del emperador Tiberio, publicada por Hinks en *The Journal of Roman Studies* de Londres, en la que especifica que se halló en Mahón en 1759, y que fue del Conde de Caylus quien la regaló al rey de Francia. Hoy se halla depositada en París, en la Bibliothèque Nationale de France, Département des Monnaies, Médailles et Antiques.

Pero especialmente destaca, en la década de los años 30, las intervenciones de la investigadora inglesa Margaret Murray, conocida egiptóloga de la University College de Londres, que junto a sus colegas de la Universidad de Cambridge, J. Cameron, H.E. Cox, T. Balakrishman, etc., o su propia hermana, internacionalizaron las actividades arqueológicas de Menorca, basadas principalmente en los yacimientos de Sa Torreta y de Trepucó, con alguna intervención en Biniatap. Contó esta investigadora con la ayuda de colegas menorqui-

nes, especialmente la de Flaquer y Fábregues. Sus obras fueron editadas en Inglaterra: 1932, *Cambridge excavations in Minorca. Trapucó. Part I.* 1934, *Cambridge excavations in Minorca II. Sa Torreta.* 1938, *Cambridge excavations in Minorca. Trapucó. Part II.* El aporte de información y de estudio de materiales fue muy importante, de hecho en más de una ocasión se siguen hoy consultando esas obras, en las que se refleja la aplicación de la metodología que en esos momentos se aplicaba a la hora de intervenir en los yacimientos arqueológicos, con la preocupación de la contextualización de los hallazgos, así como su pronta difusión científica.

“Sin un sentido de la historia y del problema histórico, la arqueología se puede volver a convertir en una simple recolección de datos”. Esta frase de G. Daniel publicada en 1950 sirve de marco al afán de cambio que los prehistoriadores intentaron darle a la arqueología desde mediados del siglo XX, y que generó la mayoría de tendencias teóricas. Ese afán venía propiciado por el acercamiento masivo de adelantos llevados a cabo en diversas ciencias, como fue el descubrimiento de la posibilidad de datación absoluta a través del C¹⁴, la aplicación de la medicina forense, las analíticas químicas o físicas sobre restos, las prospecciones a través de emisión de ondas, etc., avances que abrieron una ventana a la arqueología desde el punto de vista de las posibilidades que escondían los restos arqueológicos, y nos referimos tanto a los artefactos como a los ecofactos, y a esa amplia gama de posibilidades a descubrir composiciones, reconocimientos de fauna y flora, evolución en la tecnología, etc., que dieron pie a toda una serie de planteamientos de cariz teórico en relación con esta disciplina. A ello se unía los trabajos de Childe de las décadas anteriores, y el artículo de Hempel de 1942 sobre la función de las leyes generales en la historia, tal como Alarçao recoge.¹⁴ Hempel construyó la explicación en historia sobre un modelo de explicación de las ciencias de la naturaleza, marcando unas hipótesis universales, leyes, pero no como leyes deterministas generales, sino como leyes de probabilidades.

Otra corriente innovadora importante para la historia fue la labor desarrollada en Francia con el grupo de trabajo perteneciente a los llamados “Annales”. No olvidemos: la arqueología es, al fin, historia. Recordemos que los *Annales d'histoire économique et sociale* fueron creados en 1929 por Marc Bloch y

14 ALARÇAO, J. de, 1995: “Para una epistemologia da Arqueologia”, *Conimbriga* XXXIV, pp. 5-32. Instituto de Arqueologia. Universidade de Coimbra, Coimbra, p. 5 y 6.

Lucien Febvre y rebautizados como *Annales: économies, sociétés, civilisations* desde 1946, siendo importante la incorporación de la figura de Fernand Braudel desde 1950, y desde esa postura de ver la historia en términos geográficos, como lo dio a conocer desde su *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, la geohistoria y ese sentimiento de que la historia es un acto intelectual de construcción y creación. Pero quizás lo más importante, de cara a la arqueología, sea ese acercamiento desde la historia documental —de textos— a aspectos del pasado que no sólo fuesen los referidos a las elites, sino también al interés por estudiar el pasado desde cuestiones económicas, de la sociedad o del pensamiento, acercando, desde los *Annales*, la historia a la antropología y a la comprensión del conjunto del sistema de cultura y no sólo para explicar ciertos sucesos políticos,¹⁵ siendo la arqueología la principal fuente documental a donde acudir a la hora de recopilar e interpretar estos datos.

No puede dejar de mencionarse el avance en relación con el planteamiento que se iba utilizando, así como la metodología en el campo, al aplicarse cada vez más la técnica de excavación que M. Wheeler¹⁶ ya había desarrollado, pero que en esas décadas fue aplicándose de manera más sistemáticas. Su método consistía en ubicar, tanto en ejes de coordenadas como en profundidad, los objetos recuperados en una excavación con el máximo de precisión. Preparar el terreno en donde se iba a excavar mediante la demarcación de unas cuadrículas moduladas, separadas entre ellas por una porción de tierra que no se excavaba, los testigos, que iban a ser, además, el reflejo de la estratigrafía de cada una de las catas por sus cuatro lados, ha sido el modo que más ha primado, en cuanto a modo de intervención arqueológica, hasta no nace mucho tiempo, hoy en día ya superado, dados los problemas que a *posteriori* se ha visto que tiene ese método, pero que en su momento tuvieron mucho que ver con los avances de la propia arqueología.

En España, con el nuevo régimen político implantado después de la victoria de Franco, la gestión de la arqueología sufrió una importante reorganización respecto a las circunstancias de lo que habían sido anteriormente. A partir de ese momento fue la Comisaría General del Patrimonio Artístico Nacional, de la que dependía la Dirección General de Bellas Artes, y que controlaban la de Ex-

15 JOHNSON, M., 2000: *Teoría arqueológica. Una introducción*. Ariel Historia, Editorial Ariel, Barcelona, p. 187.

16 Son muchas las ediciones que se han sacado a la luz de este libro, véase WHEELER, M., 1978: *Arqueología de campo*. FCE (London, University Press, 1954).

cavaciones Arqueológicas, la que centró toda actividad arqueológica en el país, creando la figura de los Comisarios de Zona, y estableciendo una red de conexiones por todo el territorio nacional. Flaquer llegó a ser delegado insular de Excavaciones Arqueológicas en Menorca, publicando sus intervenciones en Torre d'en Galmés de los años 1942 y 1943 en el *Noticuario Arqueológico Hispánico* de los años 1952 y 1953. En el campo de los investigadores, los planteamientos fueron bastantes tradicionales, véase Antonio García y Bellido, uno de los máximos exponentes de la arqueología clásica en España, con trabajos anteriores a la Guerra Civil, como lo fue la de 1936, *Hallazgos griegos en España*, en donde se recopiló información de algunas de las piezas escultóricas de las Baleares, la de 1948, *Hispania Graeca*, editada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Barcelona, una de sus obras magnas en las que, de nuevo, tuvo incluidas en sus estudios figuras de bronce procedentes de esas islas. Otro de los investigadores que destacaron después de la contienda fue Martín Almagro Basch, primero director del Museo Arqueológico de Barcelona, catedrático de Prehistoria, y después, director del Museo Arqueológico Nacional.

Frente a los planteamientos teóricos que a nivel general se estaban discutiendo en relación con el concepto de arqueología, en Menorca se llevó a cabo una de las intervenciones más nefastas de estos últimos 100 años, consecuencia de la nueva situación política, y del poder de la Iglesia en esos años. En el año 1951 se iniciaron intervenciones arqueológicas, bajo la responsabilidad del obispado de Menorca, según decidió el propio obispo, Bartolomé Pascual Marroig —que se consideraba arqueólogo—, sobre la basílica paleocristiana de Son Bou. Con ellas se recuperó parte del edificio, pero se perdió para la ciencia una importante fuente de información sobre lo que fueron los primeros momentos del cristianismo en la isla. Las fotografías de esas intervenciones hablan por sí mismas de lo que se habría podido recuperar si se hubiese planteado una excavación sistemática sobre ese yacimiento. En cambio, lo único que queda son unas notas de quien estuvo trabajando en el campo, sin haberlo elegido, Fernando Martí Camps, autor del opúsculo *La basílica paleocristiana de Son Bou*, editada en 1954. Él no era arqueólogo, pero desde la jerarquía eclesiástica se decidió, y así se hizo, que al ser una iglesia correspondía al obispado intervenir sobre ella...

Cabe decir que en Menorca la actividad arqueológica continuaba en la línea descriptiva y acumulativa de datos. De gran utilidad para la protección de

nuestros bienes arqueológicos fueron las tareas desarrolladas por Josep Mascaró Passarius, especialmente en las décadas de los cincuenta y sesenta, dirigidas a la realización de unos mapas en los que se ubicaron todos los yacimientos que él identificó en la isla, a modo de lo que es conocido como “Cartas Arqueológicas”, pues la parte cartográfica iba acompañada de un texto en el que se indicaban las características físicas e históricas de los lugares inventariados, así como el estado de conservación de cada uno de ellos. Fue una labor llevada a cabo en solitario, visitando toda la isla casi palmo a palmo, con muy pocos medios, pero que tuvo sus frutos y recompensas, tal como se indicará más adelante. Recordemos de 1954 su artículo publicado en la *Revista de Menorca*, primer paso de lo que se iría editando posteriormente, con el título de “Inventario de los monumentos Megalíticos de Menorca”, en donde escribió: “Menorca posee alrededor de un millar de construcciones megalíticas y sin ninguna duda tuvo bastantes más”.

La labor de Mascaró fue por primera vez reconocida al recibir, en 1957, el Premio Jaume I del Institut d’Estudis Catalans por su obra *Els monuments megalítics a l’illa de Menorca*, editada en Barcelona.

A fines de los cincuenta, el catedrático de la Universidad de Barcelona, Luis Pericot, ocupó la Delegación de zona del Servicio Nacional de Excavaciones. Desde ese cargo dio un gran impulso a los estudios arqueológicos en las Baleares, avalado especialmente, a partir de 1958, por la Fundación March al concederle una beca de medio millón de pesetas para un estudio sobre “La cultura prehistórica balear”, lo que le permitió trabajar directamente sobre el terreno. Formó un amplio equipo, del que destacamos: Eduardo Ripoll, de la Universidad de Barcelona y conservador del Museo Arqueológico de Barcelona, M^a Luisa Serra Belabre, directora del Museo Provincial de Bellas Artes de Mahón, Guillermo Rosselló Bordoy, en esos momentos secretario de la Delegación Insular de Excavaciones. Colaboraron en las tareas de campo, además de los mencionados, el Sr. Oliva del Museo de Gerona, el Sr. Riuró, delegado local de Roses, además de una serie de becarios, como fueron el Sr. Romaní, María Petrus, Víctor Tolós como arquitecto, J. Camps, Rosselló Coll, C. Veny, Cilimingras, B. Pell, etc.¹⁷ El objetivo de Pericot y su equipo era elaborar una tipología de las diferentes edificaciones de la época talayótica en las Baleares.

17 MASCARÓ PASSARIUS, J., 1968: *Prehistoria de las Baleares*. Gráficas Miramar, Palma de Mallorca, p. 320.

Recordemos, para Menorca, las restauraciones de las navetas de Es Tudons y la de Rafal Rubí. El libro de Pericot de 1975, *Las Islas Baleares en los tiempos prehistóricos*, editado anteriormente en inglés por la editorial Tames and Hudson, en el fondo es el resultado de todos estos trabajos. Fue, en esos momentos, una síntesis del conocimiento de la prehistoria balear que no se había llevado a cabo con anterioridad, y que ha tenido vigencia hasta hace pocos años.

De manera puntual, entre fines de la década de los cincuenta y durante la de los sesenta, Alberto Balil fue publicando diversos artículos dirigidos a analizar algunas piezas escultóricas de las Baleares, o reflexiones de tipo histórico, con planteamientos muy interesantes, como queda reflejado en el artículo “Notas sobre las Baleares romanas”, presentado en el Congreso Nacional de Arqueología de 1965, un resumen del estado de la cuestión aún hoy en día consultado.

Pero referirse a la arqueología menorquina de las décadas de los cincuenta y sesenta es hablar de una menorquina insustituible por toda su obra, M^a Luisa Serra Belabre, del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y a la par, directora del Museo Provincial de Bellas Artes de Mahón. Su labor al frente desde ese museo, conocido más popularmente como la Casa de Cultura, se vio plasmada en las excavaciones llevadas a cabo desde esa institución, y en toda una serie de publicaciones de cariz arqueológico, como la de 1965, “*Arquitectura ciclópea menorquina*”, aparecida en el Coloquio sobre Arquitectura Megalítica y Ciclópea Catalana-Balear, en donde presentó una tipología de los edificios identificados hasta esos momentos en la cultura talayótica: elementos, poblados, pozos, círculos, talayots, taulas, navetas, salas hipóstilas, reductos ciclópeos, etc., todos acompañados de unas notas referidas a la cronología de todos ellos, indicando la dificultad que en esos momentos se tenía, dado que aún faltaba avanzar en su estudio. Destaca especialmente entre sus tareas la celebración en Mahón, en 1967, del Congreso Nacional de Arqueología, del que fue su artífice, dejando parte de su vida en ese empeño; de hecho M^a Luisa Serra falleció en ese mismo año. Para tal evento se llevaron a cabo revisiones de diversos yacimientos, como el poblado de Sant Vicens d’Alcaidús, o las basílicas paleocristianas de la isla del Rey y Fornàs de Torrelló. Pedro de Palol había colaborado con Serra unos años antes en el recién descubierto Cap des Port de Fornells.

Mientras tanto, los planteamientos teóricos en arqueología llevaron a enfrentamientos entre determinados estudiosos, especialmente debido a las cues-

tiones surgidas desde los problemas procedentes de la propia naturaleza de la práctica arqueológica (prospección y excavación). Y no es de extrañar, ya que se trata de una disciplina empírica por su actividad básicamente experimental en sus trabajos de campo, y más teniendo en cuenta que esta parte de la cadena investigadora de la arqueología es siempre irreplicable, ya que al intervenir arqueológicamente sobre un yacimiento, acción imprescindible para recuperar los datos del mismo, esa acción no hace sino que ir destruyendo el potencial de ese yacimiento, a medida que se van recuperando las evidencias. Es por ello por lo que, en estos años de la década de los años sesenta, se tuvo muy claro, entre los profesionales de la arqueología, que intervenir sobre un yacimiento implicaba actuar de una manera muy cauta, puesto que esta ciencia sólo da una única oportunidad a la hora de recuperar el archivo histórico de los yacimientos, compuesto de cultura material que los arqueólogos transforman, durante el proceso de investigación, en documentos con los que trabajar. No es como en otras ciencias en las que se puede volver a examinar un documento escrito, se puede volver a revisar la transcripción y traducción de una inscripción, etc. En arqueología, en cambio, nunca se podrá volver a prospectar un yacimiento en las mismas condiciones en las que se ha realizado por primera vez. Con la excavación es aún más problemático, puesto que allí, tal como acabamos de mencionar, se destruye totalmente todo lo acumulado con el paso del tiempo. Al extraer los restos, mediante el método aplicado y el registro arqueológico que se lleve a cabo, lo que se hace es “transportar” esos datos históricos a otros soportes y archivos, ya sean a modo de “diarios de excavación”, fichas, planimetrías, etc., además de depositar en los almacenes pertinentes los bienes muebles componentes de cada una de las unidades identificadas por el arqueólogo en la intervención. Se va destruyendo parte de los bienes inmuebles, y, por otra parte, se dejan los que estime oportuno quien sea responsable en ese momento de la intervención. Esos problemas de esta disciplina, el hecho de que investigar tiene una parte importante de destrucción, fue lo que llevó a plantear cuestiones relativas al concepto de la misma, así como el interés en ir desarrollando cuestiones de tipo metodológicas, especialmente en lo referente a los modos de excavación y prospección o el tipo de registro a emplear en las mismas, la parte gráfica (dibujos, fotografías, grabaciones, etc.). Todo ello lo que implicó fue un cada vez mayor aporte de datos, gracias a ser considerados como restos arqueológicos no sólo artefactos, sino también los ecofactos y

como todos ellos, sean de la naturaleza que sean, son factibles de ser analizados física o químicamente, o desde la geología, biología, etc., aportando un cúmulo de información que era impensable se pudiese obtener de los restos del pasado, que hablan de tipos de alimentación, desarrollos de técnicas en fabricaciones o elaboraciones de productos, enfermedades, dataciones absolutas desde muy diversas opciones de materias a analizar, etc. Toda esta parte de la arqueología viene integrada en la rama que es conocida como “*Arqueometría*”.

Reflejo de todas estas cuestiones que estaban en los ánimos de los arqueólogos, salió a la luz el libro *La Arqueología Analítica*, título de la obra de D. Clarke publicada en 1962. Para este autor, una cultura arqueológica no es un grupo racial, ni una tribu histórica, ni una unidad lingüística, sino simplemente una unidad arqueológica. Bajo este punto de vista la arqueología tiene tres esferas interrelacionadas de actividad: la esfera que concentra el descubrimiento de los datos —excavación en la que se tendrá que llevar a cabo el reconocimiento de los elementos predeposicionales, deposicionales y postdeposicionales, y la manera en que se recupera este registro—, la esfera relacionada con la descripción sistemática —es decir, el análisis de los datos registrados a través de la taxonomía y clasificación— y, finalmente, la que integra y sintetiza el estudio de modelos, hipótesis y teorías y que es su interpretación,¹⁸ basando sus fundamentos teóricos en que sólo con una metodología adecuada y disponiendo de gran número de datos arqueológicos fidedignos, con unas definiciones precisas y un buen modelo arqueológico, se puede identificar una entidad arqueológica en términos sociales e históricos. La arqueología analítica, por tanto, da una gran importancia al artefacto y sus atributos (contextuales y específicos). Todo ello permitirá elaborar unos principios que sintetizen y correlacionen el material disponible y que posean un alto valor predictivo. Junto al libro de Clarke, también del 1962 el de L.R. Binford, *Archaeology as Anthropology*, éste, con su línea claramente materialista, en la que se concedía una mayor importancia a la conducta de la sociedad que a los pensamientos, ideas o justificaciones de conducta, reforzó el interés por la economía y la ecología y dio paso a una nueva tendencia dentro de la arqueología, la denominada Nueva Arqueología, Arqueología Procesual o Arqueología Explícitamente Científica.

La arqueología fue concebida como una ciencia social, como tal debía compartir el objetivo general de la ciencia de proporcionar una explicación de los

18 CLARKE, D.L., 1973: “Archeology: the Loss of Innocence”, *Antiquity* 47, 185, pp. 6-18. Cambridge. IDEM, 1984: *Arqueología Analítica*, Bellaterra, Barcelona (Ed. original 1968).

fenómenos que se consideran su objeto de estudio. La arqueología tendría que buscar una “explicación”, que se lograría mediante la aplicación de un método hipotético-deductivo procedente de las leyes hempelianas. Se asoció la arqueología con la antropología. El objeto de estudio, la cultura, se concibió como un mecanismo adaptativo peculiar de las poblaciones humanas. Se postuló entonces que los materiales arqueológicos tienen una organización (la estructura arqueológica) resultado de su articulación, siendo el registro arqueológico el que puede demostrar la ocurrencia de patrones de distribución y asociación no aleatoria entre los materiales, para ello se pensó que era necesario implementar técnicas de muestreo y análisis estadístico. Los postulados de la Nueva Arqueología serían los siguientes, tal como los presentan Renfrew y Bahn:¹⁹

1- El papel de la arqueología consistía ahora en explicar los cambios del pasado, no sólo en reconstruirlos, y saber cómo había vivido la gente. Esto suponía el empleo de una teoría.

2- La arqueología tradicional confiaba en la explicación histórica: la nueva arqueología, atraída por la filosofía de la ciencia, razonaría en términos de proceso cultural, de cómo habían tenido lugar los cambios en los sistemas económico y social. Esto implica una generalización.

3- Los arqueólogos tradicionales consideraban la arqueología como el montaje de un puzzle: “reconstruir el pasado”. Ahora el procedimiento adecuado consistía en formular hipótesis, elaborar modelos y deducir consecuencias.

4- Las hipótesis debían ser contrastadas y no podrían aceptarse las conclusiones con base en la autoridad del investigador.

5- Debía diseñarse la investigación a fin de responder, de forma rentable, a problemas específicos, no sólo acumulación de datos para generar más información que podría ser poco relevante, y que era lo que había practicado hasta el momento.

6- Se consideraron más rentables los datos cuantitativos, que permitían un tratamiento estadístico informatizado y que ofrecían la posibilidad de muestreos y análisis de significación. A menudo se prefirió esto frente al enfoque tradicional puramente verbal.

7-Perspectiva: optimismo frente a pesimismo.

19 Nos referimos a su libro de 1993, *Arqueología. Teorías, métodos y práctica*. Akal ediciones, Madrid, p. 37.

Todo ello implica una cierta forma de trabajo, en la que es importante hacer explícitos los principios teóricos de la disciplina, así como integrar la mayor cantidad posible de medios científicos para reconstruir la relación entre la sociedad, su marco medioambiental y su referente temporal. Se aúnan así la dimensión evolucionista multilineal y el funcionalismo, característica de la escuela anglosajona. Eso supuso la incorporación de nuevas tecnologías que hacen más compleja y rigurosa la información arqueológica, favoreciendo su interdisciplinariedad. En gran medida uno de sus mayores avances, debido a Clarke, fue definir las escalas y unidades de trabajo articulándolas con los procesos temporales. La dimensión espacial aportada por la nueva arqueología fue probablemente el avance más duradero de esta propuesta, articulándose en tres niveles: microespacio, referido a las escalas inferiores del asentamiento; semimicroespacio, relativo al asentamiento y su entorno, y macroespacio, referido al territorio y a la articulación entre asentamientos.

A partir de esos momentos empezaron a ganar protagonismo en la actividad arqueológica la prospección y la excavación en extensión, desarrollando para la primera unas técnicas adecuadas, y convirtiéndose en justificante de las posteriores intervenciones arqueológicas. La excavación ya no quedaba limitada a simples sondeos, la contextualización se fue abriendo paso gracias a trabajos en extensión, para ello se desarrollaron una serie de modelos de fichas que ayudan a un mejor registro arqueológico, empezándose a tenerse en cuenta una serie de procesos deposicionales y postdeposicionales que afectan al desarrollo y conservación de los restos arqueológicos.²⁰

Los arqueólogos tradicionales insistían en que los datos arqueológicos no eran adecuados para la reconstrucción de la organización social o los sistemas sociales. Los nuevos arqueólogos eran más positivos y alegaron que nadie podría conocer la dificultad de esos problemas hasta que hubiese tratado de resolverlos. No obstante, todos estos postulados tuvieron un rápido descrédito, en parte por su propia formulación científica y la parcialidad de su aplicación. En el primer caso, se hizo evidente que la correlación entre las leyes generales y las hipótesis a contrastar presentaban dificultades casi insalvables, ya que, dada la naturaleza de la evidencia, la aplicación del método hipotético-deductivo hempeliano se desvirtuaba, aplicándose a la investigación factual más que al nivel teórico.

20 Ver esas reflexiones en BEDNARIK, R., 1994: "A taphonomy of paleoart", *American Antiquity* 68, pp. 68-74.

Las únicas generalizaciones que se hicieron posibles fueron tan terriblemente simplistas que recibieron el apelativo de “leyes de Mickey Mouse”, como las llamó Flanner, y que Alarçao recoge y repite. La predecible incapacidad para corroborar leyes generales a partir de los casos investigados convertía a su vez a las teorías de alcance medio en un instrumento inútil, dada la variedad casi ilimitada de la evidencia empírica. A pesar de estas críticas, el arqueólogo realmente aplica leyes que, de una forma menos pretenciosa, se podrían llamar “regularidades transculturales”, regularidades que trascienden a los sistemas socioculturales particulares y que se aplican a las unidades sociales en cualquier tiempo o espacio.²¹

Mientras, las actividades continuaban su ritmo en España. Los congresos nacionales de arqueología se iban celebrando anualmente, siendo casi imprescindible el no presentar en ellos los resultados de las investigaciones en curso. Antonio Beltrán, desde Zaragoza, gestionaba esas reuniones. En todos ellos se presentaban comunicaciones relativas a yacimientos menorquines e intervenciones sobre ellos. En esos tiempos fueron progresando las revistas de arqueología, y en todas esas publicaciones se fueron apreciando de manera gradual cómo las nuevas tendencias conceptuales iban introduciéndose paulatinamente en el proceso de investigación español, especialmente a partir de los años setenta y ochenta.

Una obra de gran calado fue el *Corpus de las Inscripciones Baleáricas hasta la dominación árabe reunido*, de 1965, recopilación y estudio llevado a cabo por Cristóbal Veny. A partir de esa publicación, los epígrafes de época romana hallados en las islas fueron mejor conocidos fuera de ellas, incorporándose a trabajos de investigación más generales. El mismo Veny tratará otros temas relacionados con la historia y la arqueología romana de las Baleares y realizará algunas síntesis que durante mucho tiempo han sido el referente para todos los que se querían acercar al conocimiento de este período de la historia de las islas. No puede dejarse de citar su participación, bajo el título de “Insulae Baliares et Pithyusae” en la obra de A. Tovar, de 1989, *Iberische Landeskunde*, segunda parte, *Las tribus y las ciudades de la antigua Hispania*, tomo 3, Tarracónensi. Por otra parte, este investigador, que en lo concerniente al trabajo de campo siempre ha estado más ligado a la prehistoria, inició en 1966 la primera campaña de excavaciones en la necrópolis formada por cuevas de Calascoves, tarea que fue desarrollando en sucesivos años y que dio como resultado, además

21 En el ya citado artículo de ALARÇAO, J. de, 1995, consultar la página 15.

de otras publicaciones, la de la serie Biblioteca Prehistórica Hispana, *La necrópolis protohistórica de Cales Coves*. Menorca, editada en Madrid en 1982.

En el 1967 se publicó en Vitoria la *I Reunión Nacional de Arqueología Paleocristiana*. En ella Menorca estuvo plenamente representada. De hecho, fue el lugar en donde por primera vez se pudo calibrar, a nivel nacional y en un ámbito científico, la riqueza y potencial de esta isla en lo concerniente a la documentación arqueológica referida al período conocido como paleocristiano, y que se unía a la ya conocida literaria por la famosa carta del Obispo Severo del siglo V que había sido publicada en 1937 por G. Seguí, *La Carta Encíclica del Obispo Severo. Estudio crítico de su autenticidad e integridad con un bosquejo histórico del cristianismo balear anterior al siglo VIII*.²² M^a Luisa Serra, en su comunicación en la reunión de Arqueología Paleocristiana, se refirió a los nuevos hallazgos de basílicas paleocristianas en la isla —el reconocimiento de la de la isla del Rei y el de Fornàs de Torelló, además de aportar noticias de Cap des Port de Fornells y de Son Bou—, y éstos fueron los grandes referentes de esta reunión de Vitoria. El artículo de Pedro de Palol²³ estuvo dedicado al estudio de la iconografía de los mosaicos de estas iglesias primitivas de las Baleares, en las que Menorca de nuevo está presente por las decoraciones de la isla del Rei y de Fornàs.

En ese mismo año 1967 se pudo recoger la mejor consecuencia de la tarea iniciada por Mascaró Passarius en los años cincuenta con la publicación, por parte del Ministerio de Educación y Ciencia, del Decreto 2563/1966 de 10 de septiembre, por el que se declaran Monumentos Histórico-Artísticos y se colocan bajo la protección del Estado todos los monumentos megalíticos, cuevas prehistóricas y otros restos prehistóricos y protohistóricos de las islas de Mallorca y Menorca. Tal como la misma Serra indica en el prólogo de la edición del inventario de los yacimientos menorquines, “[...] Ha sido preciso que se diera la feliz circunstan-

22 En los años ochenta y hasta la actualidad, este documento, junto con las cartas enviadas por Consencio desde Menorca a diferentes puntos del Mediterráneo Occidental, y de entre ellos las enviadas al obispo de Hipona, San Agustín, han sido analizadas y estudiadas magníficamente por Josep Amengual. Son muchas sus publicaciones, destacamos aquí dos de ellas. De 1987, *Consensi. Correspondència amb Sant Agustí*, vol. I, Fundació Bernat Metge. Escriptors Cristians, Barcelona. Y de 1991-92, *Orígens del Cristianisme a les Balears i el seu desenvolupament fins a l'època musulmana*, I-II, Editorial Moll, Mallorca.

23 En ese año 1967 se editó el magnífico libro Pedro de Palol, *Arqueología cristiana en la España romana*, Madrid-Valladolid, en el que una parte importante del mismo está dedicada a las Baleares y su riqueza patrimonial en cuanto a basílicas paleocristianas.

cia de que ocuparan la Dirección General de Bellas Artes un arqueólogo insigne²⁴ y la Comisaría General del Patrimonio Artístico Nacional un ilustre balear,²⁵ para que se lograra, con la comprensión y el interés de las más altas esferas de la Nación, el Decreto que asegura para el conjunto arqueológico menorquín, con el de la isla hermana Mallorca, la protección del Estado y la garantía de su preservación contra los ataques de cualesquiera de los que hasta ahora han actuado como sus elementos destructores”.²⁶ El Decreto, en el que se indicaba que no se podían realizar obras ni sobre los yacimientos ni en sus entornos, vino acompañado de la aprobación del inventario de yacimientos realizado por Mascaró, aprobado mediante Orden Ministerial, el 31 de marzo de 1967 a propuesta de la Comisaría General del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional. En ese inventario se incluía la normativa en la cual se especificaba no sólo el nivel de estado de conservación de los restos sino también unas reglas por las cuales se han regido hasta la actualidad, en lo concerniente a cómo marcar perímetro de protección esos monumentos, tal como se refleja en la página 61 de la publicación que respalda el Decreto: *Monumentos Prehistóricos y Protohistóricos de la isla de Menorca. Instrucciones para la defensa de los sitios arqueológicos y científicos*, editada por la Comisaría General del Patrimonio Artístico, Madrid, 1967. Esa acción legislativa ha sido el mecanismo oficial al que acogerse a la hora de salvaguardar muchos de nuestros restos arqueológicos.

Y aunque no estuviese directamente relacionada con Menorca en esas fechas, sí se tiene que citar la labor del arqueólogo americano William Waldren, quién junto a J.S. Kopper practicaron por primera vez en las Baleares la analítica del C¹⁴ sobre restos de huesos carbonizados en yacimientos mallorquines. Fue en 1967 cuando se publicaron los resultados, que dieron como fruto una serie de artículos. Las fechas aportadas por este método de datación de cronología absoluta revolucionaron en esos momentos las periodizaciones de la prehistoria balear, al extrapolar los datos de Mallorca a la isla vecina. Guillermo Rosselló también estuvo implicado en esas analíticas.²⁷

24 Se estaba refiriendo a Gratiniano Nieto.

25 Aquí de quién se habla es del arquitecto Gabriel Alomar.

26 SERRA, M.L., 1967: “Noticia de los monumentos y restos prehistóricos y protohistóricos de la isla de Menorca”, en *Monumentos Prehistóricos y Protohistóricos de la isla de Menorca. Instrucciones para la defensa de los sitios arqueológicos y científicos*, pp. 5-14. Comisaría General del Patrimonio Artístico, Madrid, p. 14.

27 Recordemos de esos momentos ROSSELLÓ-BORDOY, G., WALDREN H.W., KOPER, J.S., 1967: *Análisis del radiocarbono en Mallorca*, Trabajos del Museo de Mallorca, 1;

Dentro de estas reflexiones sobre quienes han intervenido directamente en las labores de la arqueología en Menorca en estos últimos cien años, intentando incluir los avances de tipo metodológico y conceptual que la propia ciencia arqueológica ha ido produciendo, no podemos dejar de mencionar una curiosa recopilación de datos llevada a cabo por J. Mascaró Passarius, editada en 1968 bajo el título *Prehistoria de las Baleares*, y en la que, de una manera digamos deslavazada, se acumulan en un amplio texto —el libro consta de más de ochocientas páginas— junto a cientos de figuras y fotografías, una ingente cantidad de informaciones referidas a quienes hasta esas fechas habían estado implicados, de manera directa o indirecta, en la arqueología balear.

Las islas estaban de moda, sus restos arqueológicos cada vez llamaban más la atención, dados los resultados de las intervenciones llevadas a cabo sobre ellos. No es de extrañar que de nuevo una reunión de tipo científico y de carácter nacional se celebrase en este archipiélago balear. Nos referimos al VI Symposium de Prehistoria Peninsular, bajo el subtítulo de “Prehistoria y Arqueología de las islas Baleares”, acontecido en 1972, y cuyas actas salieron a la calle en 1974. El volumen contó con una serie de comunicaciones, entre las que destaca la colaboración de Ana M^a Muñoz, en la que se recopilan la mayoría de las referencias de las fuentes escritas clásicas donde aparecen citadas las islas. En esta obra se pueden consultar las participaciones sobre temas menorquines de María Petrus, Cristóbal Veny o Juan de Nicolás.

En las décadas de los años 70 y 80, el arqueólogo mallorquín Guillermo Rosselló Bordoy, director del Museo de Mallorca, con experiencia en el campo menorquín al haber sido uno de los colaboradores de Luis Pericot, tal como se ha indicado anteriormente, desplegó una ingente labor en nuestra isla, tanto en lo referente a la excavación y posterior restauración de la naveta de Rafal Rubí, como en toda la serie de campañas llevadas a cabo en Torre d'en Galmés, de cuyos resultados pueden ser consultados en los pertinentes números del *Noticario Arqueológico Hispano* de esos años, o en la publicación de tipo divulgativo, del investigador mallorquín, de 1986: *El poblado prehistórico de Torre d'en Galmés (Alaior)*. Destaca el hallazgo de una figurita en bronce, en el recinto de taula, representado a Imhotep,²⁸ el que fue el ingeniero de la pirá-

WALDREN H.W., KOPER, J.S., 1967: “Mallorca chronology for Prehistory based on radiocarbon method”, en *Pyrenae* 3, pp. 45-65, Barcelona.

28 ROSSELLÓ-BORDOY, G., SÁNCHEZ-CUENCA, R., DE MONTANER, P., 1974: *Imhotep, hijo de Ptah*, en Trabajos del Museo de Mallorca, 17, Palma de Mallorca.

midre de Saquarrá, ya como figura relacionada con la medicina en los tiempos en que fue ejecutada esta pieza, en época helenística. Rosselló estuvo trabajando en este yacimiento hasta mediados de los ochenta.

Fue en la década de los setenta cuando Manuel Fernández-Miranda obtuvo una beca de investigación de la Fundación Juan March, cuyo objetivo era la compilación de la documentación que hasta ese momento se tenía de los fondaderos y pecios de esta isla, lo que permitió la intervención directa sobre algunos de ellos, como el fondadero de Calascoves y las embarcaciones hundidas en la boca del puerto de Mahón, en el Lazareto, el de Binissafúller o el de Favàritx. Fue un salto cualitativo en el conocimiento del papel que jugaron estas islas como punto intermedio de las rutas del Mediterráneo Occidental. María Belén fue una de las colaboradas de este equipo; de hecho es imprescindible el volumen editado por la colección Excavaciones Arqueológicas en España, el nº 101 *El fondadero de Cales Coves (Alayor, Menorca)*, firmado por M. Belén y M. Fernández-Miranda en 1979. A nivel más general, estos dos autores editaron en 1977 por la propia Fundación Juan March, en Madrid, *Arqueología submarina en Menorca*. Todo el trabajo llevado a cabo en el subsuelo del litoral menorquín contó con todo el apoyo del Centro de Investigaciones Submarinas de Menorca, liderado por Ramón Tejedor, estando implicados también en este proyecto Juan de Nicolás y Damián Cerdà.

En 1977 salió a la luz el volumen I de *Historia de Menorca*, del que era responsable para la época prehistórica y antigua M^a Luisa Serra, obra póstuma para ella, y para la medieval islámica, Guillermo Rosselló Bordoy. Hacía mucho tiempo que no se editaba una síntesis como esa, y ha pasado mucho tiempo hasta ser superada. J.A. Orfila León también participó en ella.

En esos años, con la llegada al Museo de Menorca de Luis Plantalamor empezaron a efectuarse nuevos trabajos arqueológicos en diversos yacimientos pretalayóticos y talayóticos, desde Clariana, Son Mercer de Baix, Binicalaf, Trepucó, etc., formándose en sus primeros años de su llegada a la isla un equipo de trabajo en el que estaban incluidos María Cristina Rita, Jordi Anglada, Guillem Sintès, Margarita Orfila, A. López, entre otros. Progresivamente, se han ido uniendo nuevos investigadores en torno al Museo de Menorca, y se ha excavado en multitud de lugares con excelentes resultados plasmados, especialmente en la serie que la propia institución ha fomentado, los Treballs del *Museu de Menorca*, serie iniciada en 1984. Las tareas desarrolladas desde

el museo no han parado, siendo innumerables los yacimientos intervenidos; recordemos, además de los ya citados, la Taula de Binissafullet, So na Caçana, Binicalaf, Trepucó, Torelló, Alcaidús, Clariana, Biniac, Biniai, etc. Son muchos los trabajos publicados por L. Plantalamor desde su llegada a Menorca, pero quizás el que más refleja lo que ha sido su empeño, en conocimiento preciso de la tipología de los diferentes edificios de la cultura talayótica, ya sean restos de estructuras domésticas, a funerarias, etc., así como las influencias que ha afectado a la evolución que los mismos fueron sufriendo a lo largo de la prehistoria menorquina, sea su tesis doctoral publicada dentro de la serie de Trabajos del Museo de Menorca, el concreto el nº 12, bajo el título *L'arquitectura prehistòrica i protohistòrica de Menorca i el seu marc cultural*, de 1992.

Por otra parte, William H. Waldren, junto a Manuel Fernández-Miranda, iniciaron las investigaciones en el yacimiento de Torralba d'en Salort, con especial ahínco en lo referente al recinto de taula, una de las salas hipóstilas, y un monumento más derruido junto a la taula. De hecho, fueron muchas las publicaciones que dieron a conocer sus resultados, citamos aquí el artículo de Fernández-Miranda "La transformación hacia la cultura talayótica en Menorca", aparecido en la revista del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Trabajos de Prehistoria de 1991, entre otros muchos más, como lo es el aparecido en 1981 en la *Revista de Menorca*, "Taulas de Menorca".

Pedro de Palol, que había trabajado a fines de los cincuenta con M^a Luisa Serra en la basílica de Cap d'es Port de Fornells, reanudó esta tarea en los años setenta a través de una serie de campañas de excavación, proyecto avalado por la Universidad de Barcelona, que se alargaron hasta mediados de los ochenta. Los primeros resultados de esta investigación se dieron a conocer de manera sistemática en la Reunión de Arqueología Hispánica de Montserrat en 1978. Una iglesia singular, con cripta en la zona de la cabecera y contra coro en los pies, con un baptisterio en forma de cruz, en cuyas paredes se aprecian grafitos en latín y en griego, además de una serie de ámbitos funerarios y almacén adosada a la misma. Trabajaban con él Josep M^a Gurt, Francesc Tuset, Milagros Guardia, etc. De este grupo Tuset, junto a Margarita Orfila, desarrollaron en los inicios de los años ochenta una revisión sobre la basílica paleocristiana de Son Bou. Se levantó una nueva planimetría, se excavó la necrópolis de los alrededores, e incluso se pudo identificar un pórtico de entrada al nártex. Se aplicó en el desarrollo de los trabajos el incipiente sistema de registro arqueológico re-

conocido como Harris,²⁹ hoy en día implantado en cualquier excavación que se precie. Cercanas al edificio religioso se identificaron unas estructuras, una de ellas en principio parecía un faro. Los avances en cuanto a los conocimientos de la época tardía de Menorca, con las incidencias que sobre la sociedad se ha apreciado debido a la influencia del incipiente cristianismo se dieron a conocer en la reunión propiciada por el Institut Menorquí d'Estudis: "Les Illes Balears en temps cristians fins als àrabs". Posteriormente esta misma institución, junto con la Universidad de Barcelona y el Institut d'Estudis Catalans, organizaron en Menorca en 1988 el III Congreso de Arqueología Cristiana Hispánica del que era responsable Palol. Se editó en Barcelona en 1994, siendo las Baleares, y Menorca en especial, las zonas de donde mayor cantidad de ponencias y comunicaciones se presentaron.

Referente a la época romana, cabe mencionar el resumen que elaboró Antonio Arribas sobre la romanización de las islas Baleares como lección inaugural del curso 1983/4, en la denominada en esos tiempos Universidad de Palma, y que de alguna manera recogió su investigación de años sobre la realidad del mundo romano en las islas Baleares. Un año antes, Cristina Rita había publicado el libro *Necrópolis Romanas de Mahón-Menorca*. En esa década Mascaró Pasarius fue editando en una serie de volúmenes de la Geografía e Historia de Menorca, en la que participaron muchos investigadores. También en esa década es cuando se iniciaron las investigaciones en la ensenada de Sanitja, en lo que en principio es la ciudad citada por Plinio de *Sanisera*. El equipo de trabajo estaba formado por Cristina Rita junto a J. Ignacio la Torre Macarrón y Juan A. Orfila.

Pero volvamos a la evolución conceptual de la arqueología. En esas décadas se fueron desarrollando una serie de tendencias que han influido en el devenir de esta ciencia de manera contundente, pues, frente a la nueva arqueología, surgieron diversidad de movimientos, de los cuales el liderado por Hodder fue de los más seguidos: nos referimos a la arqueología postprocesual o arqueología contextual, siendo su libro *Reading the Past*, publicado en 1986, escrito como consecuencia de toda la serie de seminarios que se habían ido realizando

29 En un principio, normativas de registro arqueológico dadas a conocer en artículos como HARRIS, E.C., 1975: "The Stratigraphic sequence: a question of time", en *World Archaeology*, nº 7 (I), pp. 109-121, o el de 1979: "The laws of the Archeological Stratigraphy", en *World Archeology* n. 11, pp. 111-117. Por último su libro de 1991: *Principios de estratigrafía arqueológica*, Barcelona (Londres, 1989, 2ª ed.).

en Cambridge en años anteriores, uno de los libros que han vuelto a marcar un cierto hito dentro de la evolución teórica de la arqueología.³⁰

Hodder, en 1986, publicó en *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales* —1988 en español— una severa crítica de la arqueología de los procesos, al considerarla como una arqueología funcionalista, en la cual la función determina la forma. Para este autor, ese enfoque dado no tenía interés por diversas razones: en primer lugar, porque la noción de utilidad implicada por el funcionalismo no tenía, como creían los arqueólogos procesuales, un valor universal, sino que difería según las culturas. En definitiva, lo que es bueno para una sociedad no tiene por qué serlo para otra. En segundo lugar, al abordar el análisis de los subsistemas —hábitat, economía, ritos funerarios— de manera separada, se pierde la noción de lo que hace la unidad y la originalidad de cada cultura, renunciándose a comprender la especificidad cultural global, es decir, que lo específico de cada cultura es más importante que algunas leyes transculturales descubiertas por los arqueólogos procesuales. Fueron varias las influencias que tuvieron los investigadores reunidos en esta postura teórica postprocesualista, como son los trabajos de Collingwood, además de los trabajos de Bourdieu, Geertz, Giddens, o Ricouer.³¹

Las características más importantes de la arqueología postprocesual quedan sintetizadas de la siguiente manera:

1. La arqueología es una ciencia cultural. Hay que introducir las especificidades históricas. La arqueología debe reanudar los vínculos que mantenía con la historia y que habían quedado deteriorados con la concepción antropológica de la nueva arqueología. En el plano práctico, esta concepción permite redescubrir el empirismo de la investigación, tan devaluado por los arqueólogos procesuales. Ningún modelo teórico permite, en efecto, pronosticar la estructura simbólica de una sociedad dada, sólo el análisis de los hechos permite reconstruirla, ya que es considerada como única.

2. Binford y la arqueología procesual no describen los procesos cargados de

30 DYSON, S.L., 1993: "From New to New Age Archaeology: archaeological theory and Classical Archaeology -a 1990s perspective", en *American Journal of Archaeology* 97-1, pp. 195-206, The Journal of the Archaeological Institute of America, Boston University, Boston, p. 198.

31 BUCHLI, V. A., 1995: "Interpreting material culture. The trouble with text", en HODDER, et alii, (Eds.), *Interpreting Archaeology. Finding meaning in the past*, pp. 181-193. Editorial Routledge, London/New York.

significado, sino que minimizan la figura del individuo para generar el cambio y para crear su propia cultura como un proceso social activo. La variabilidad individual tiene una gran importancia en relación con el cambio social y cultural. No se puede descartar la posibilidad de que existan diferentes perspectivas vinculadas a diferentes grupos de interés de la sociedad. Por tanto, la arqueología postprocesual intenta abrir un debate sobre la relación procesual entre el individuo y la norma social. Se destaca la importancia de la persona como elemento de progreso y como agente del cambio cultural.

3. Los diversos aspectos observables de la cultura, hábitat, tumbas, cerámica... están determinados por una estructura simbólica subyacente. Los objetos descubiertos por los arqueólogos pueden, por tanto, considerarse como símbolos que expresan el pensamiento del hombre en el pasado. La estructura simbólica propia de cada sociedad influye en todos los sectores de esta sociedad, está omnipresente. Un mismo esquema simbólico puede estructurar sectores de la cultura tan diferentes como el hábitat, las tumbas o los hábitos relacionados con el desecho doméstico. El principio trasciende a las partes y esta homologación se puede llamar, como lo hace Levi-Strauss, el “estilo de una sociedad”.

4. Se incorpora el análisis del contexto social y conceptual del propio arqueólogo. Todo investigador está inmerso en una determinada sociedad en la que se ha formado y que necesariamente, de forma consciente o inconsciente, condiciona su visión de la realidad y, por tanto, su percepción del pasado. Todo esto plantea un debate en torno a la relación entre objeto y sujeto, y si cada sociedad y cada época es susceptible de producir su propia prehistoria. La arqueología establecida y las arqueologías alternativas (indígena, feminista, clase obrera...).

A pesar de alcanzar grandes aciertos, como el considerar que el registro arqueológico puede ser reflejo de una ideología, y por tanto enmascarar más que reflejar la realidad social del yacimiento, sus propios principios la han llevado a situarse en un callejón sin salida. Según la propuesta de Hodder, la variabilidad cultural sería el resultado de tres elementos: el individuo, la cultura y la historia. El investigador deberá llegar a captar la mentalidad de las gentes del pasado, y cómo esa mentalidad consigue actuar simbólicamente sobre su entorno. La aplicación de este modelo, que partió de una razonable

y fundamentada crítica de la arqueología procesual, termina en el absurdo, ya que acaba por buscar el fundamento de las sociedades en factores psicológicos y emotivos a nivel individual —como él mismo reconocerá en su trabajo sobre Çatal Hüyük y los orígenes de la agricultura.³²

Hay que tener en cuenta que cada contexto es único y que cada investigador lo es también, puesto que los arqueólogos no pueden escapar al presente. Lo único que se obtendría en los estudios arqueológicos serían lecturas actuales sobre un pasado simbólico y único. Este relativismo extremo niega cualquier posible explicación o verificación objetiva o científica, lo que cierra automáticamente cualquier puerta a la discusión teórica. Todo se acaba convirtiendo en una experiencia personal en la que el investigador se convierte en el autor, y no en el intérprete, de los registros arqueológicos. Este camino sin salida hizo que el propio Hodder volviera sobre sus pasos, proponiendo una arqueología “interpretativa” en la que se reconoce cierta objetividad en el pasado, y, por lo tanto, se permite configurar una investigación con fines y métodos compartidos por diversos investigadores.³³ En este sentido se ha aproximado a la llamada “Teoría Crítica”, surgida de la llamada Escuela de Frankfurt, nacida hacia 1923, pero que cobró fuerza sobre todo a partir de la década de los setenta. Sus representantes más conocidos en arqueología son M. Shanks y C. Tilley,³⁴ siendo su máximo exponente divulgador las convocatorias del denominado Grupo Británico de Arqueología Teórica (TAG).³⁵ Una de sus premisas básicas es que el mundo de las apariencias, que es el objeto de la observación que hacen los arqueólogos, está determinado por el mundo de las ideas, que no observamos. En consecuencia, cualquier análisis debe ir más allá de la superficie del mundo empírico para descubrir las estructuras subyacentes que fijan las normas de su significado. La dependencia del estructuralismo es muy clara al afirmar que la cultura puede ser leída como un texto, y que la semiología ayuda a comprender

32 RUIZ, A., CHAPA, T. y RUIZ-ZAPATERO, G., 1988: “La arqueología contextual: una revisión crítica”, en *Trabajos de Prehistoria* 45, pp. 11-17. Madrid.

33 Libro de Hodder de 1989: *Textos de cultura material y cambio social (Una discusión teórica y algunos ejemplos arqueológicos)*. Para Dialogar con el Pasado, 4. Universidad de Extremadura, Cáceres.

34 SHANKS, M. y TILLEY, Ch., 1987: *Re-constructing archaeology. Theory and practice*. Cambridge University Press, Cambridge. Y el artículo de estos autores de 1990: “Archaeology into the 1990’s (with comments)”, en *Norwegian Archaeological Review* 22, 1, pp. 1-12.

35 JOHNSON, M., 2000: *Teoría arqueológica. Una introducción*. Ariel Historia, Editorial Ariel, Barcelona, p. 10.

los códigos a través de los cuales se expresa el mensaje. Como todo texto, requiere una interpretación, pero esta nunca se agota y, como dicen los autores, nunca hay “respuestas finales”.

La cultura material es, por tanto, una expresión activa y no un mero reflejo pasivo del proceso social. En este sentido, la función práctica de los objetos de cultura material queda en un segundo plano respecto a su papel como expresión de los valores simbólicos de la sociedad. Los objetos materiales son considerados como productos sociales, y no individuales, de forma que un mismo objeto altera su significado de acuerdo a: quién lo utiliza, dónde se usa, en qué circunstancias tiene lugar su interpretación y ante quiénes se realiza esa interpretación. La disposición de los contextos de cultura material no necesariamente refleja la realidad social, sino que puede haber distintos grados de inversión ideológica, ya que las expresiones de cultura material están cargadas con relaciones de poder. Son los arqueólogos, con su carga ideológica, política y estamental, los que construyen el pasado desde el presente. Es evidente que el compromiso político, académico y social del investigador gana un gran peso en esta tendencia.

El cambio de planteamiento en la investigación arqueológica se ha ido llevando a cabo paulatinamente, tanto en lo referente a lo conceptual como en las tareas de campo, y sin las innumerables publicaciones en las que se reflejan las influencias de esa evolución que iba teniendo esta ciencia. Recordemos la reunión de 1984, Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos, en Teruel, organizada por Francisco Burillo del Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, del Colegio Universitario de Teruel, en la que, entre muchos otros, participó como ponente inaugural I. Hodder.

Los ochenta fueron especialmente interesantes para la arqueología debido a los cambios que desde el punto de vista institucional se fueron produciendo en el estado español. La creación de las autonomías influyó en la arqueología al ser transferidas desde el estado central, a mediados de esa década, las competencias de su gestión, asumidas aquí por el recién creado Gobierno Balear. De hecho, una de las medidas que se tomaron, a nivel de política patrimonial, al poco de ese cambio administrativo, fue la no concesión de nuevos permisos de excavación sistemáticos durante unos años para poder llevar a cabo, desde 1987, un inmenso inventario arqueológico de los restos existentes en las islas, tarea que culminó a inicios de los noventa. Las cartas arqueológicas, surgidas de esta iniciativa, son la base a donde acudir a la hora de visualizar la riqueza

que estas islas tienen desde el punto de vista arqueológico, y de Menorca en especial, en donde se han contabilizado muchísimos yacimientos. Desde las comunidades autónomas, en sus parlamentos, se fue produciendo un proceso de tipo legislativo que llevó, entre otras muchas cosas, a la elaboración de leyes destinadas a la gestión del patrimonio histórico, tal como también ocurrió en nuestra comunidad.

En Menorca, con el Consell Insular de Menorca institucionalizado, se creó el Institut Menorquí d'Estudis, estructurado en diversas secciones, como es la de Historia y Arqueología, desde la que se ha promovido la investigación a través de unas convocatorias anuales de becas que se conceden a investigadores. Parte de los resultados de esos proyectos se ha visto reflejada en la revista conectada a esta sección, *Meloussa*, en la que se han recogido, también, los resultados de las Trobades d'Historiadors i Arqueòlegs de Menorca, de la que recogemos, de la primera, celebrada en 1988, una frase de las conclusiones a las que se llegaron: "A nivell arqueològic, és molt important que es protegeixi el patrimoni històric mitjançant la implantació d'una infraestructura imprescindible per al progrés de la investigació en aquest camp".

Un nuevo cambio se produjo en lo referente a las responsabilidades institucionales al ser transferidas, en el año 1995 desde la comunidad autónoma al Consell Insular de Menorca las cuestiones de cultura, y entre ellas la correspondiente a la gestión de la arqueología, creándose unas comisiones de patrimonio en donde se dirimen si son o no oportunas las intervenciones solicitadas a realizar en la isla. Realmente se han multiplicado las actuaciones sobre yacimientos, especialmente en los urbanos o entornos debido a lo que a continuación narramos. Desde la Conselleria de Cultura se han puesto en práctica algunas iniciativas, como es la de adecuar algunos yacimientos, unos de titularidad estatal, otros de particulares, mediante la limpieza de los mismos, su señalización, puestos de información que funcionan en los meses de estío, edición de trípticos con síntesis de los que representan cada uno de ellos, etc.

Pero lo que realmente destaca de la arqueología menorquina a partir de mediados de los ochenta es el fruto de todos estos cambios institucionales. Una de las primeras consecuencia ha sido una mayor implicación desde las autoridades, ya sea a nivel de gobierno, como de consejos o municipal, en la conservación y recuperación del patrimonio arqueológico. A la par, y dadas las leyes desarrolladas en estas últimas décadas, se ha tomado conciencia de la im-

portancia de lo que se tiene, a nivel histórico y patrimonial, en cuanto a lo que representa el potencial arqueológico isleño. Es por ello que la recuperación de esos archivos que guardan los subsuelos de todas nuestras poblaciones, cuyos núcleos tengan unos orígenes mínimamente antiguos, es un hecho constatado y garantizado. Todas estas circunstancias han llevado a que las intervenciones anuales se hayan multiplicado exponencialmente en relación con lo habitual de inicios de los años ochenta, tanto a modo de proyectos de intervención en yacimientos que están hoy en medio de campo, como en lo referente a lo que ha implicado ese fenómeno que es considerado como “arqueología urbana”, por la riqueza arqueológica en los subsuelos de las ciudades y el potencial que puede surgir en los suelos de sus ampliaciones.

Esto se ha unido a otro fenómeno de cambio en arqueología y que es el proceso de “profesionalización” de esta actividad, a modo de ejercicio libre de la profesión de arqueólogo, cada vez más demandada por las necesidades que, especialmente en las ciudades, se producen a la hora de realizar cambios en su estructura urbana, en sus edificios, etc.. Por ello, en las últimas décadas han ido surgiendo, tanto a nivel individual como colectivo, una serie de empresas dedicadas a asumir las intervenciones arqueológicas, especialmente las de urgencia. Las nuevas normativas de la legislación vigente, que garantizan esas intervenciones, han hecho imprescindible, antes de ejecutar cualquier obra en esas zonas urbanas, el realizar la actividad arqueológica pertinente según el potencial arqueológico, ya sea seguimiento al remover tierras, sondeo o excavación. Serían los casos en la zona de los entornos de la iglesia de Santa María, o las calles de Bon Aire, de la Iglesia, etc., de Mahón, la zona de ampliación del polígono industrial de esta misma ciudad, o las intervenciones en el solar de correos de Ciudadela, a las que uniríamos los de la catedral y sus entornos, Ses Andrones, zona del mercado, etc., intervenciones de estos arqueólogos que no están ligadas a instituciones tales como universidades o museos, y que a través de su propia empresa, tal como acabamos de mencionar, desarrollan su propia dinámica profesional.

Ese cúmulo de documentación que se ha generado en los últimos veinte años se ha ido dando a conocer en diferentes publicaciones que aquí serían imposibles de enumerar, tanto en lo que concierne a nivel internacional, nacional y local. Intentaremos referir las síntesis y las colecciones locales en donde uno puede encontrar el máximo de referencias sobre los yacimientos en los cuales

se ha actuado en los últimos años. En ellos se intentará reconocer las tareas de investigación que las generaciones actuales están llevando a cabo, desde J. Gual, S. Gornés, G. Juan Benejam, M. Herranz, O. Pons, J. Pons, F. Contreras, M. Salas, etc. De las publicaciones, en 1995, salió a la luz el VIII volumen de la *Enciclopèdia de Menorca* dedicado a la arqueología, con tres apartados: Prehistoria, firmado por Luis Plantalamor y en cuya redacción colaboró Cristina Rita; Arqueología Romana, a cargo de Margarita Orfila, y Época Paleocristiana, por Fransesc Tuset. La información ahí reflejada es un estado de la cuestión de la arqueología en esos días. En el año 2001, fue el tomo IX de la *Enciclopèdia de Menorca*, volumen I, bajo el título *Dels inicis del poblament a l'època talaiòtica*, firmado por Antoni López, Joana Gual y J. Simón Gornés. Se aprecia el avance producido en el conocimiento de esta época, siendo de gran utilidad la serie de síntesis a modo de cuadros sinópticos de las diferentes cronologías de las fases periódicas de la prehistoria menorquina que otros investigadores habían publicado con anterioridad, como las de Plantalamor, Fernández-Miranda, o la de Lull. En el 2002 se ha publicado en la revista *Complutum* de Madrid tres artículos por los investigadores de la Universidad de las Islas Baleares, M. Calvo, B. Salvà y V. Guerrero, en los que se presenta una visión global de la prehistoria de Mallorca y Menorca.

No se pueden terminar estas líneas sin volver al título que a todo este trabajo se ha puesto, el de la arqueometría, es decir cómo desde otras ciencias, a través de analíticas, hoy en día los arqueólogos tienen a mano una cantidad impresionante de nuevos datos con los que elaborar documentos. Es de todos conocido lo que implicó en la década de los cincuenta la aplicación de la técnica del C¹⁴ a la hora de calibrar la antigüedad de determinados restos, como los carbonizados. Eso sólo es un grano de arena en cuanto a opciones existentes hoy en día. Saber de la alimentación, de problemas de enfermedades causantes de muertes, del origen de las piezas de vajilla por sus componentes, etc., es lo que hoy en día es la arqueología. Y en Menorca se ha avanzado mucho en este campo. Sólo tomando como referencia los índices de las últimas publicaciones se ven reflejados los equipos multidisciplinarios que en estos últimos años se han ido formando; un ejemplo es el de la memoria de la excavación de Biniai Nou, de 2001, en la que intervienen, además de arqueólogos, como L. Plantalamor, especialistas en fauna, palinología, antropología, etc.; se presentan dataciones absolutas, etc. En esta misma línea está otro de los volúmenes de la serie Tra-

bajos del Museu de Menorca, en concreto el 29, del que son responsables G. Juan y J. Pons.

Son importantes las tareas desarrolladas en Torre d'en Galmés, yacimiento en donde trabajan varios equipos, uno nacional apoyado por el Consell Insular de Menorca, y en el que se desarrolla una labor didáctica con un curso de arqueología paralelo a la intervención sobre él, y otro equipo de trabajo respaldado por una universidad americana. Importante ha sido y es el respaldo en muchas actividades arqueológicas menorquinas, de la asociación Amics del Museu de Menorca, especialmente en lo concerniente a la serie de cartas arqueológicas del litoral isleño, bajo la responsabilidad de O. Pons. Se interviene también, de manera regular, sobre la ciudad romana de *Sanisera*, en la ensenada de Sanitja, desde hace ya unos años, bajo la dirección de F. Contreras, etc. Destacan también los equipos de trabajo formados entre arqueólogos menorquines y de Cerdeña para intervenir en asentamientos, como el de Es Cap de Forma de Mahón.

Pero han sido los hallazgos que desde el mundo de la espeleología, a través de haberse descubierto una serie de cuevas en barrancos o acantilados, los que más ha llamado la atención a nivel general, dada la espectacularidad de los mismos. Recordemos lo que significó en la década de los noventa las intervenciones, por parte de un equipo relacionado con la Universidad Autónoma de Barcelona, en la cueva de Es Càrritx y la cueva de Es Mussol. A partir de ellas se han podido reconstruir los rituales funerarios y creencias de los menorquines de hace 3.000 años, aportando datos muy concretos y específicos en lo concerniente a teñido de cabellos, alimentos, etc., gracias al hallazgo de enterramientos intactos o de tallas en madera, una de ellas antropomorfa. El libro, editado por el Consell Insular de Menorca, *La Cova des Càrritx y la Cova des Mussol. Ideología y sociedad en la prehistoria de Menorca*, del que son responsables V. Lull, R. Micó, Cr. Rihuete y R. Richs, de 1999, ha permitido que llegue a muchos especialistas en la prehistoria mediterránea lo que se ha descubierto en nuestra isla. A nivel de público en general, la exposición itinerante "Peinando la muerte", que en un primer momento estuvo en Ciudadela, y que va recorriendo diversos museos y entidades a nivel nacional, ha sido la que ha permitido ese acercamiento desde la ciencia a la ciudadanía de los avances en el conocimiento de nuestra prehistoria. Pero la investigación continúa. Los presagios de lo que aún puede aportar la arqueología quedan patentes

en el último de los hallazgos, la cueva de Es Pas, con vestigios de mortajas, vísceras de cuerpo humano, etc., bajo la responsabilidad de un equipo formado por investigadores de la Universidad de las Islas Baleares y la Universidad de Barcelona. De nuevo va a ser la sorpresa de lo que aportará la arqueometría lo que va a hacer avanzar en cuanto a lo que se refiere a los conocimientos de nuestro pasado, de nuestra isla, Menorca.